

QUIEN HABLÓ, PAGÓ

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

LA REINA DE ARAGÓN.
EL REY DE NAVARRA.
DOÑA BLANCA, su hermana.
ÉSTELA, dama.
EL CONDE DE URGEL.
DON SANCHO, } criados.
DON VELA, }
SANCHO, labrador.

TIRRENA, labradora.
NUÑO, secretario.
RICARDO.
XIMÉN, soldado.
TRES EMBAJADORES.
DOS PRETENDIENTES.
UN SOLDADO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El conde de Urgel y tres Embajadores.

CONDE. La Reina aún no está vestida: esto me envió á mandar que os diga.
EMB. 1.º Yo he de esperar, siendo su alteza servida, á que me vea.
EMB. 2.º Es forzoso que hoy tome resolución.
EMB. 3.º En cuanto á mi pretensión, á mí, por más cuidadoso, me envió mi Rey aquí; y en la dilación que veo, la priesa de su deseo me habrá de culpar á mí.
CONDE. No niego yo, caballeros, que tenéis justas razones de sentir las dilaciones con que excusa responderos la Reina; pero advirtiendo que no ha de elegir esposo sin un acuerdo dudoso con que se va disponiendo. Y éste las horas dilata, y los días entretiene:

disculpa bastante tiene, y con poca ofensa os trata. Bien sabéis todos que el Rey mandó, muriendo, que fuese su esposo el que ella escogiese, y su testamento es ley. Prevenid con la esperanza el buen fin deste suceso, que no habrá culpable exceso en quien tal ingenio alcanza. Su alteza sale; llegad y hablalda todos.

ESCENA II

La REINA, con gran acompañamiento; los tres Embajadores, dos Pretendientes y un Soldado, con memoriales los tres. El Conde.

(Siéntase la Reina en una silla y el Conde en pie á su lado.)

EMB. 1.º Señora, pues vuestra alteza no ignora el valor, la majestad de Alfonso, rey de Castilla, las partes de su persona, á quien la imperial corona por mil respetos se humilla, admita el justo deseo con que ser suyo se ofrece.

REINA. Ya lo que Alfonso merece estimo, conozco y veo.
EMB. 2.º Francia, con justa razón á su príncipe Delfín estima. No busca, en fin, la posesión de Aragón pretendiendo á vuestra alteza, en quien cifra su ventura, que adora, alaba y procura su discreción, su belleza. Merezca premio esta fe que por mí os publica ausente. Debo al Delfín, mi pariente, mil favores.

EMB. 3.º Bien podré, aunque tercero en lugar, informaros, gran señora, de que Rogerio os adora, á quien el Tirreno mar besa en Sicilia los pies, y yo los vuestros aquí. Por él su retrato os di, que fué el mayor interés que os puedo ofrecer agora, pues siendo tan bella vos, y él tan galán, en los dos ¿quién la consonancia ignora, cuando ha de hacer el amor música de pensamientos reales?

REINA. De sus intentos, de su gallardo valor, de su gala y bizarría tengo nuevas; mi consejo me ha de casar, á él lo dejo, si bien la elección es mía, por justo acuerdo del Rey, mi padre, que no forzó mi voluntad, aunque yo hoy la sujeto á la ley. Hablad al Conde mañana, que él responderá por mí.
EMB. 1.º Si á Castilla llevo un sí, gloriosos aumentos gana. (Vase.)
EMB. 2.º Si á Francia en esta ocasión puedo conducir tal Reina, hasta donde el sol se peina se dilatará Aragón. (Vase.)
EMB. 3.º Si la elección de Rogerio llevo á Sicilia, y yo veo bien logrado mi deseo, tiemble el otomano imperio. (Vase.)

PRET. 1.º Aunque estaba consultado, gran señora, en la tenencia de Jaca, por cierta ausencia forzosa se me ha quitado. Yo he servido á vuestra alteza como un vasallo fiel.

(Entrega un memorial á la Reina, y ésta lo da al Conde.)

REINA. Hablad al conde de Urgel.
CONDE. (Al Pret.) Merece vuestra nobleza y vuestra noble opinión, Nuño, mayores empleos, y creed que á mis deseos debéis grande estimación. A la Reina advertiré

cómo os puede mejorar.
PRET. 1.º Después os iré á besar las manos. (Vase.)

CONDE. Vuestro seré.

SOLDADO. Muchas veces, gran señora, he dado ya á vuestra alteza memorial de mi pobreza y mis hazañas.

REINA. Y agora ¿qué me pedís?

SOLDADO. Lo que ayer pedí, y pediré mañana, y un siglo, si no se humana como piadosa y mujer, como reina de Aragón, como Emperatriz del su elo, al ver que no llueve el cielo sobre cosa, en conclusión, que pueda llamarse mía.

REINA. ¿Dónde habéis sido soldado?

SOLDADO. (Cogiome.) Aunque no he empezado á serlo, muy bien podría.

REINA. También yo os pudiera dar mucho, pero nada os doy por esta vez.

SOLDADO. A eso voy.

Los reyes no han de mirar para dar por qué, ni cuándo, sino quien ha menester, que á Dios han de parecer, que siempre nos está dando.

REINA. Pues yo os doy sólo por él lo que me pedís por vos.

SOLDADO. Daré mil gracias á Dios.

REINA. Acudid al conde de Urgel.

SOLDADO. Ya me espantaba, que había cosa en que no entrase el Conde.

CONDE. Vedme después.

SOLDADO. Corresponde á quien es vuesañoría. (Vase.)

PRET. 2.º En tan justa pretensión como la mía, señora, quisiera informar.

REINA. Ahora venis á mala ocasión.

Acudid á hablar al Conde, que él me informará despacio.

CONDE. Cuando salga de palacio me hablaréis, ya sabéis donde.

Y estad cierto de mi pecho, que vuestro aumento querría.

PRET. 2.º Yo soy de vuesañoría obligado y satisfecho. (Vase.)

REINA. Ea, despejad la sala; salios todos á fuera.

Conde, yo tengo que hablaros; no os vais.

CONDE. Mande vuestra alteza. (Vanse todos, y quedan solos la Reina y el Conde.)

ESCENA III

La REINA y el CONDE.

REINA. ¡Grave peso el del gobierno!
¿No será justo que tengan los reyes algunos días

- en que el cuidado suspendan?
Quiero entretenerme un rato;
hablemos en cosas nuevas.
De la corte ¿qué os divierte
y entretiene más en ella?
¿Jugáis? ¿salís á caballo?
¿Gustáis de imitar la guerra
en la caza por los parques,
ó en la ciudad hacéis fiestas?
¿En qué os ocupáis las horas
que los negocios os dejan?
- CONDE. Lo que me ocupa es serviros,
y solamente me alegran
los sucesos, gran señora,
en que mi cuidado acierta.
En él ocupo los días,
y las noches me desvelan,
prevenciones que hago al tiempo
por las horas que me niega,
que siempre el tiempo me falta.
- REINA. Debéis á vuestra nobleza,
Conde, tan grande cuidado,
pues he confiado de ella
todo el peso deste reino.
Pero admirame que puedan
vuestras galas, vuestros años,
no tomarse la licencia
que suelen los hombres mozos,
y que tan estrechos sean
los preceptos del cuidado
que vuestras pasiones venzan.
¿No servís dama en palacio?
que con pretensión honesta
no lo excusa un caballero,
García, de vuestras prendas.
- CONDE. Tal vez, señora, podría
haber visto vuestra alteza
en las cuadras de palacio,
en los saras ó en las fiestas
algún descuido en mis ojos,
y que habrá nacido, advierta,
de obligaciones cortesas,
mas no de amorosas penas.
- REINA. No, Conde, no quiero yo
apurar desa manera
vuestras verdades, que sólo
mi curiosidad desea
saber á cuál de mis damas
os inclináis, que hay entre ellas
algunas de ilustres partes,
nobles, hermosas, discretas.
- CONDE. Yo confieso sus valores,
pero vuestra alteza crea
que me deben poco amor,
no porque no lo merezcan,
sino por desconfiado.
- REINA. ¿Cierto?
- CONDE. La verdad es esta.
- REINA. ¡Graciosa desconfianza!
Otra cosa sienten della
las damas de Zaragoza,
que no falta quien me cuenta
su hermosura y vuestra gala:
ya sé que doña Teresa
de Aragón es muy hermosa,
y que algún cuidado os cuesta.
- CONDE. Poco sabe de mi pecho
- quien informó á vuestra alteza.
Doña Teresa es hermosa,
mas tiene mucho de necia,
y cuanto agrada á los ojos,
los oídos atormenta,
que es brava pensión del gusto.
- REINA. Bien decís; esta sospecha
pudo engañarse, si ya
no llegue á ser la más cierta
que doña Angela, su prima,
es la que más os desvela.
- CONDE. Es un angel, vive Dios,
mas es muy libre, y es fuerza
que ofenda su libertad
su opinión, aunque no llega
á menosprecio su honor.
Préciase de muy discreta,
escribe versos y canta,
con que visitar se deja
más de lo que fuera justo.
- REINA. Esa es advertencia cuerda:
hace doña Angela mal.
¿Y doña Beatriz de Urrea?
- CONDE. Poco me debe esa dama,
que es conformidad de estrellas
amor, y han estado siempre
muy encontradas las muestras.
- REINA. Mucho os estimáis, García;
ninguna al fin os contenta,
y así no amáis.
- CONDE. No por Dios.
¿Cierto, cierto?
- REINA. Ya es ofensa
de mi verdad esa duda.
- REINA. Mintieron, pues, mis sospechas.
Ahora bien, Conde, volvamos
á mis cuidados, que apenas
puedo una hora suspenderlos.
El reino me pide apriesa,
por ser mujer, que me case.
Mi padre ya veis que ordena
en su muerte que yo escoja
esposo, y me da licencia
para elegir á mi gusto,
aunque mi vasallo sea.
El de Castilla me pide,
el de Francia me desea;
Rogerio, rey de Sicilia,
me solicita con veras,
y no me inclino á ninguno.
Demás que no es bien que tenga
Aragón rey extranjero,
y así casarme quisiera
dentro en mi reino, pues tengo
de nuestra real nobleza
deudos tantos, si vasallos
tan ilustres, que no llegan
con locas indignidades
la corona á sus cabezas.
Esta es mi resolución,
y para acertar en ella
hacedme memoria ahora
de los nobles en quien pueda
escoger uno, que al reino
y á mí por suyos merezca.
- CONDE. Supuesto que determina,
gran señora, vuestra alteza

ESCENA IV

El Conde.

Fuese, y confuso he quedado.
Hoy desvanece la Reina
mis altivos pensamientos;
desde hoy suben á su esfera.
Mis necias desconfianzas
con justa causa condena,
pues águilas de su sangre
á su sol los ojos cierran.
Animo, temor cobarde;
las más heroicas empresas
la fortuna las acaba
cuando el valor las comienza.
Ya en mis sienes la corona
que ponen sus manos bellas,
con rayos de un sol se dora,
guarnece un alba con perlas.
¡Qué envidia dará mi dicha!

ESCENA V

El Conde y Ricardo.

- RICARDO. ¿Su alteza no estaba aquí
ahora?
- CONDE. Pienso que sí.
¿Qué es lo que queréis?
- RICARDO. ¿Por dicha
alcanza vuestra privanza
á querer de mi secreto
saber el fin? ¡Bravo efeto
de favor: gran confianza!
A la Reina quiero hablar,
y no os vengo hablar á vos,
si no es que ya sois los dos
tan uno en este lugar,
donde asistís de ordinario,
aunque su opinión se ofenda,
que para que ella me entienda,
que me oigáis es necesario.
No imagino que responde
sin vos, ni puede vivir,
pues no acertáis á salir
de su antecámara, Conde.
La Reina es reina y mujer,
y vos, en fin, su privado;
privado con menos cuidado,
y no tendréis que comer.
Mirad bien como medís
los pasos por donde vais,
que hasta el cielo levantáis
y al sol los rayos pedís.
Porque os tengo voluntad,
de hallaros aquí me pesa.
- CONDE. Si la voluntad es esa,
Ricardo, es poca amistad;
porque cuando yo tuviera
tal pensamiento conmigo,
si vos fuéades mi amigo,
no envidia, contento os diera.
Consejo á quien no le pide,
nunca es darle discreción,

1 Así en el original, pero quizá escribiría Téllez
«en vanccco».

- darnos rey en Aragón,
que propio, y no extraño sea,
(que es justo y prudente acuerdo)
caballeros hay que llegan
á merecer este nombre
en vuestro reino. Nobleza
hay en el conde de Ampurias,
demás de las excelencias
de su ingenio y sus virtudes,
de su gala y gentileza.
De vuestra sangre es el conde
de Belchite: la grandeza
de la casa de Moncada,
don Ramón, su dueño, aumenta.
Es vano el conde de Ampurias:
préciase de su belleza,
y no es bueno para mí
hombre que tan lindo sea,
que es fuerza que entre los dos
haya grandes competencias,
y estimo mucho la paz.
El de Belchite se precia
de mucha sangre real
que le habrá de dar soberbia
con que no me estime en tanto,
ni este favor agradezca:
quiero esposo más humilde.
El de Moncada á la guerra
de Marte, no á la de amor
se inclina, y tanta fiereza
no es buena para marido:
vaya á guardar mis fronteras.
¿Y don Blasco de Aragón,
ó don Ximeno de Urrea?
- REINA. Ninguno dellos me agrada.
- CONDE. No me parece que queda
otro noble en Aragón
que tan dignamente tenga
brios de ser vuestro dueño,
cuando estos no lo merezcan.
¿Es posible que no hay otros?
Aseguro á vuestra alteza
que no alcanzo otro ninguno
que proponerle.
- REINA. (Ap.) ¡Qué necia
desconfianza! Yo sé
que hay en el reino quien pueda
tener tan alta esperanza;
mas esto es bien que se advierta
con mucho espacio. Miraldo,
Conde, con más viva ciencia
y escribidme una memoria
de los títulos que quedan
- (Levántase la Reina.)
por advertirme hasta ahora,
y mirad que venga en ella
también el conde de Urgel,
porque humildades tan necias
más parecen cobardía,
que desconfianza cuerda.
- (Vase la Reina.)

y más si con la razón poco se gobierna y mide. Y cuando mi pensamiento fuera de empresa tan loca, ¿por qué parte á vos os toca el llamarle atrevimiento? ¿Violante no ha de escoger el marido que quisiere? Pues cuando á mi me escogiere, ¿quién como yo puede ser? Cuanto más que esta es respuesta de vuestra mala intención, que mis méritos no son dignos de empresa como esta: mas cuando los tenga alguno, si no le igualo, le excedo.

RICARDO. Paso, Conde, hablad más quedo, que no os excede ninguno. Vos sois el mejor de todos; justamente pretendéis, vos la empresa merecéis, vos la igualáis de mil modos, y todo con gran razón.

CONDE. La Reina vuelve, no puedo responderos.

RICARDO. Yo me quedo aquí con cierta ocasión. Dejadme hablar con su alteza á solas.

CONDE. ¿Qué pretendéis?

RICARDO. Después, Conde, lo sabréis, que hoy mi pretensión empieza. Y pues fuera desvario juzgar vuestro pensamiento, también será atrevimiento querer vos saber el mio.

CONDE. Quedaos, Ricardo, en buen hora.

RICARDO. El cielo esa vida aumente.

CONDE. (Ap.) Este encubre lo que siente, y su necia envidia dora.

(Vase el Conde.)

ESCENA VI

La REINA y RICARDO.

REINA. ¿Con quién hablábais aquí, tan alto, Ricardo?

RICARDO. Hablaba con el Conde, que me daba mucha ocasión.

REINA. ¿Cómo así?

RICARDO. Está tan desvanecido con tus favores, señora, que aquí me ha tratado ahora tan soberbio y atrevido, que á no salir vuestra alteza castigara su arrogancia. La sangre real de Francia me dió esta ilustre nobleza, y también me da el respeto con que á mi se me ha de hablar; pero quiero disculpar á un hombre tan indiscreto que atribuye á su privanza el merecer tus amores, y aun se alaba de favores

que con más secreto alcanza. Ahora me ha dicho aquí que ha de ser rey de Aragón mañana; dióme ocasión á enojarme, y respondi.

REINA. Basta. ¡Qué graves enojos! (Ap.) ¡Ah, necio Conde! ¡ah, villano!

¡Apenas os doy la mano, cuando me quebráis los ojos! Castigo de mi osadía ha sido tan fuerte ofensa.

RICARDO. (Ap.) Turbada, hermosa y suspensa rayos á mi pecho envía. Adoro á la Reina, aspiro á esta corona, si es ley que un primo del muerto Rey, con los valores que miro en mí á todos se adelante. En tan justa pretensión, no los reinos de Aragón pretendo, adoro á Violante. Reina nació, y es mujer, no peña. Esperanza mía, ánimo, que quien porfía con arte vence al poder.

REINA. (Ap.) Resuélvome, aunque me cueste la mitad del alma; pero quiero averiguar primero la verdad, si acaso es este envidioso ó su enemigo. Ricardo.

RICARDO. Señora.

REINA. ¿Tú creíste al Conde?

RICARDO. ¡Jesús! reñile, el cielo es testigo; y á no estar en tu aposento, que me suspendió la ira de su enojosa mentira, pagara el atrevimiento.

REINA. ¿Que se atreviese á mi honor!

RICARDO. Tan necio y tan satisfecho, que dijo que aun hoy le ha hecho vuestra alteza un gran favor.

(Reina, aparte)

REINA. ¡Válgame el cielo! ¿A qué aguardo?

RICARDO. (Ap.) Bien culpo al Conde, en efeto.

REINA. (Ap.) El secreto amor me enseña: ya veis que importa, Ricardo.

Tú eres mi deudo, y sabrás guardarle, si ya no ha sido que el falso Conde atrevido le haya dilatado más.

¡Con mentirosa alabanza que se atreva á mi opinión!

Yo tengo satisfacción (A Ricardo.) del mucho valor que alcanza tu persona, y quiero ahora valerme de tí. (¡Qué penal!)

RICARDO. Tu esclavo soy; manda, ordena, verás el amor, señora, y la lealtad de Ricardo.

REINA. Llámame al conde de Urgel, y volverás tú con él.

1 Este verso debió de escribirse: «(Amor me enseña.) El secreto».

RICARDO. Voy á buscarle.

REINA. Aquí aguardo. (Vase Ricardo.)

ESCENA VII

La REINA; luego Nuño, secretario, con una cartera, tinta y plumas, y una carta.

REINA. Necia y vana confianza. ¿Qué diré con mudos labios de tan injustos agravios? ¿Cómo tomaré venganza? ¡Venganza, cielos, de un hombre, por indigno de mi amor; olvido, furia y rigor, que aborrezco hasta su nombre! Si culpa mi atrevimiento quien fué del suyo testigo, también dará su castigo ocasión al escarmiento.

Nuño. (Entrando.)

Aquí escribe, señora, vuestra alteza ésta al rey de Navarra, en que le pide que suspenda las armas con que intenta satisfacerse por estar quejoso de no haberle admitido por esposo.

REINA.

Mostrad, la firmaré.

ESCENA VIII

DICHOS, el CONDE y RICARDO.

RICARDO.

Ya está aquí el Conde.

CONDE.

¿Qué manda vuestra alteza?

REINA.

En gran cuidado me pone el de Navarra; injusta guerra mueve en mi ofensa. Hoy supe que se apresta para meter en Aragón su gente, que es fuerte cosa. En la ocasión presente importa, Conde, que os partáis al punto á toda priesa á veros con Teobaldo, que vuestra autoridad y carta mía disuadirán al Rey del nuevo intento. Decilde que dilate el casamiento, y que tomando en él mejor acuerdo podrá ser que asentemos nuestras paces. No deis crédito vos á esta mudanza, ni aseguréis del todo su esperanza; sólo le entretened, que es lo que importa. Mi carta es ésta, y vuestra diligencia feliz suceso me promete en todo. Partid, Conde, y partid á la ligera; tan solamente Nuño os acompañe, que lo que más conviene es el secreto: no os quiero decir más, pues sois discreto.

Nuño.

Yo iré como mandáis.

CONDE.

Y yo á serviros con esta misma fe, por cuanto dora el sol, desde el ocaso hasta el aurora.

REINA.

Vos, Ricardo, volved á verme luego, que tengo en que ocupar vuestra persona de mi real servicio.

RICARDO.

Si serviros es digno premio que mi amor alcanza, desde hoy llamo dichosa mi esperanza. (Vanse Ricardo y la Reina por una puerta, y el Conde y Nuño por otra.)

ESCENA IX

SANCHO y TIRRENA, labradores.

TIRRENA. Mal hayan los cazadores, y vayan siempre en mal hora á espantarnos el ganado.

SANCHO. ¡Que hasta en una pobre choza no viva el cuidado ocioso! Verá qué confusa tropa de cortesanos deciendo al valle: la fuente agotan. Acá parece que guían.

TIRRENA. No, que hacia el monte se emboscan.

SANCHO. Acercáos á mí, Tirrena.

TIRRENA. ¡Qué vida tan enfadosa! ¿Siempre he de andar junto á tí?

SANCHO. Sois mujer, y con todas habían de ser los maridos, ella el cuerpo, y él la sombra. Si no lo sabéis, Tirrena, sabed, que la mujer propia siempre ha de andar en el pecho como la ajena en la bolsa.

TIRRENA. Tu necia desconfianza, Sancho, me tiene quejosa;

tu cuidado me da pena y tus recelos me enojan.

En estos campos desiertos habito una pobre choza,

cubierta de humildes pajas, entre cuatro peñas solas.

La música de las aves, que me despierta al aurora,

á quien ayudan las fuentes y el aire entre aquellas hojas

de aquellos copados olmos, ni me llama ni enamora,

porque no entiendo la letra, por más que las voces oiga.

Estos árboles que viste el cielo de verdes ropas,

son galanes solamente de la Primavera hermosa,

y á mi jamás me dijeron amores, con verme sola.

Mil veces dormí la siesta sobre esa pintada alfombra.

Por estos montes paseo, no en las calles espaciosas

de la corte, que á los ojos tantas veces ocasionan. Si estás triste, no me alegro; lo que te enoja, me enoja; contigo gozo tus bienes, conmigo tus males lloras. Sancho, Sancho, necios celos poco excusan la deshonra del marido desdichado que escogió liviana esposa. De la mano de Dios viene la buena, y á poca costa de cuidados asegura á su dueño por sí sola. Esto advierte, Sancho mío, y ven á segar agora, que se va pasando el día; que al paso que tú las cortas cogeré yo las espigas, para que en mis brazos cojas el fruto de tus amores libre de penas celosas.

SANCHO. Ponlos, Tirrena, en mi cuello, que tus palabras de alcorza me han azucarado el alma. Vamos, y esta mano toma de que no me verás más pedir celos desde agora.

TIRRENA. ¡Qué necedad es pedirlos!

SANCHO. Y darlos, ¡qué mala cosa! (Vanse.)

ESCENA X

El conde de Urgel y Nuño, de camino.

CONDE. Aquí podemos parar.

NUÑO. Señor conde Don García, ya vuestra melancolía me da licencia y lugar de preguntaros la causa, si es posible que se diga, que á tal pesar os obliga.

CONDE. No sé, por Dios, quién la causa. Vengo con algún cuidado de ver que al partir cayó mi caballo, y se trató tan mal, que al fin le he dejado. Hemos perdido el camino tres veces, y en la caída me pudo quitar la vida mi propia espada. Imagino que al salir de Zaragoza vimos los dos escuderos heridos; necios agüeros son, mas tengo de Mendoza alguna sangre en mi casa, y no los puedo excusar.

NUÑO. Si dais en imaginar, y á tan grande extremo pasa, Conde, esa melancolía, vuestra salud temo.

CONDE. Ardiente está el sol; aquesta fuente más templado el aire envía, á quien hace sombra aquel olmo, y me fatiga el sueño.

NUÑO. Dormid, que es pesado dueño, y yo os seré guarda fiel.

SANCHO. (Dentro.) Canta, Tirrena, que quiero que alivies nuevas fatigas.

UNO. Vaya al son de las espigas muesama, que es un silguero.

(Canta dentro una mujer.)

Alabastis os, caballero,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.
Alabastis os en Castilla
que teniais linda amiga,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.

(Gritan todos como ruido de segadores.)

NUÑO. No canta mal la villana. Falsa, Conde, os puedo ser al sueño.

CONDE. ¿Qué he de temer? (Déjame, sospecha vana. ¿Qué quieres, necia tristeza? ¿Quién me enoja y me divierte?) Allí me reclino. Advierte que en pasando esta aspereza del calor, si me durmiere, me llaméis, y caminemos.

NUÑO. Descansa. ¡Fuertes extremos! ¡Oh, privanza, quién te quiere!

(Retírase el Conde á dormir donde se ha dicho.)

ESCENA XI

RICARDO, de camino, con una cédula y un pliego de cartas en la mano. Nuño y el conde, dormido.

RICARDO.

Corriendo, Nuño, dejo atrás el viento por alcanzarte. ¿Dónde queda el Conde?

NUÑO.

Allí descansa.

RICARDO.

(Lograré mi intento.)

Esta cédula real mira, y responde á la Reina, por cuyo mandamiento mi lealtad á mi sangre corresponde: secretos suyos son, no hay resistencia.

NUÑO.

La respuesta, Ricardo, es la obediencia. (Lee.)

«Ricardo, á mi servicio conviene que ayudo de Nuño, mi secretario, que le acompaña, deis la muerte á D. García, conde de Urgel. Buscad el lugar más á propósito, por lo que importa este secreto. En vuestra diligencia conoceré el celo que tenéis de mi servicio; y habiéndolo muerto pasaréis los dos á Pamplona, donde abriréis el pliego que os he dado, y tratad con el rey de Navarra lo que ordeno en él. La Reina.»

¡Fuerte resolución!

RICARDO.

Este es el pliego.

NUÑO.

Su letra es esta, y el que allí descansa el triste Conde, descuidado y ciego,

gozando esa fuente clara y mansa con que temple del sol el mayor fuego. El sueño rinde lo que más le cansa, que fué su pensamiento.

RICARDO.

Pues despierte

en las últimas quejas de la muerte. Desnuda, Nuño, como yo el acero; si eres leal vasallo, y obedeces una firma real.

NUÑO.

De pena muero.

RICARDO.

¿Dónde está tu valor? ¿Tú te enterneces? Si no te atreves, yo seré el primero que pase el traidor pecho muchas veces: á mi Reina obedezco.

NUÑO.

Esa obediencia

será testigo fiel de mi inocencia.

(Vanse las espadas desnudas y sueña dentro ruido de cuchilladas.)

CONDE. (Dentro.)

Rendido al sueño ¿qué mayores señas de que, traidores, afrentáis aceros en mis heridas, que juzgó pequeñas rigor infame de ánimos tan fieros? Repite el eco entre elevadas peñas que sois cobarde, viles caballeros, y en la traición de que os valéis, advierto que llegáis á matar un hombre muerto.

(Salen ahora y el Conde herido.)

CONDE.

¿Tú, Ricardo, tú tienes sangre mía? ¿Tú eres mi deudo?

RICARDO.

En mi rigor advierte

que la justicia de la Reina envía á tu delito inexcusable muerte.

CONDE.

De tu envidia nació la alevosía que en mi desdicha ocasionó la muerte. Yo muero: ¡ay, cielos!

(Cae.)

RICARDO.

Vamos, que esto es hecho.

este anillo publique su mal pecho.

(Pone Ricardo una sortija en un dedo al Conde, y déjanle en el suelo, y sale doña Blanca, infanta de Navarra, muy gallarda, de caza.)

ESCENA XII

Doña Blanca de Navarra y el conde.

D.^a BLAN. Queriendo vengar la muerte! del cazador que en las selvas de Chipre lloró piadosa y enamorada su Reina, me dejó sola mi gente: tan veloz huye la fiera,

que si no corre con alas, con miedos cobardes vuela. ¿Por dónde iré, que este monte no tiene camino ó senda que malezas no le corten, que no le borren las yerbas? Pero ¿qué tirios matices labran el campo? ¿quién hiela el alma en mi pecho?

CONDE.

D.^a BLAN. ¡Válgame Dios! ¿Quién se queja?

¿Qué voz es esta que mueve los montes, si en su aspereza enternecidas, parece que lloran sangre las piedras? ¿A mí, qué puede importarme? ¿Qué necia piedad es esta que alentar no deja el alma y mover me deja apenas?

Aquí está un mancebo herido.

¿Si es cazador, que la fiera

hirió? Las galas y el talle

de todos le diferencian.

Quiero llegar... No es acción

de mi calidad... ¿La Reina

del Catay no curó un moro

de más desiguales prendas?

¿Deidad, que nació en el mar

de otra superior esfera,

no bañó á Adonis en llanto

sobre la tierra sangrienta?

¿Qué aguardo? ¿no es la piedad

acto generoso? Venza

la razón, no el falso engaño,

que la vanidad sustenta.—

«Caballero». ¡Ay, Dios, si es muerto!

Faltóle al mundo su idea

en tan floreciente edad,

Abril de la gentileza.

«¡Ah, caballero! ¡ah, señor!»—

Aun tiene vida y aliento.

«Abrid los ojos, de quien

rayos del sol son centellas.»—

No puede hablar; ¡triste suerte,

que paga en flores la tierra

espíritus que traslada

de las del cielo á sus venas!

¿Quién me mueve? ¿si es piedad?

¿qué extraña pasión me esfuerza

con movimientos de nieve,

que abrasan cuando se hielan?

Para piedad, mucho es esto.

¿Quién me inclina? ¿quién me lleva

tras este engaño, á quién sigo

entre desdichas tan ciertas?

¿A un no vivo, que da muerte,

y á un sol, que eclipsado ciega?

¿Qué discreteos me entretienen

para que no le prevenga

remedio? Mas la ocasión

llegó á faltarme en las fuerzas.

Inculto, erizado monte,

heladas y duras peñas,

á quien si labra esta sangre,

bañan mis lágrimas tiernas;

sordos troncos, que os tapáis

con arrugadas cortezas

al encanto de mis voces
y á la piedad de sus quejas:
fieras, que desta crueldad
si no piadosas, suspensas,
las entrañas destes montes
en sus grutas os encierran;
llegad, que seréis humanos
viendo el rigor, la inclemencia
de los hombres, de los cielos,
de elementos y de estrellas.
Fiero es el mal, que al remedio
entre esperanzas inciertas,
ojos ingratos le sobraron
cuando le faltan orejas.
Si no es ilusión que forma
la necesidad, cometa
veloz, penetra un villano
el monte, el valle y la sierra:
parece que oyó mis voces,
y que adonde estoy se acerca.
¿Qué anillo es aqueste, lleno
de sospechas y de letras? (Lee.)
«Quien habló, pagó.» ¿Qué es esto?
Venganza, venganza es esta:
«quien habló, pagó»; ya crecen
con la piedad las sospechas.
Fiera venganza ¡ay, de mil
¿Qué pudo hablar, que merezca
tal rigor? Aunque este calle,
bien pudo tener soberbia
y émulos su bazarria.

ESCENA XIII

DICHOS y SANCHO, labrador.

SANCHO. Atada dejo la yegua,
y es tan fogosa, que temo
que rompa el tronco y las riendas.
¿Señora, llamáisme á mí?
D.ª BLAN. ¿Conóceme?
SANCHO. Vuestra alteza
me dé sus pies.
D.ª BLAN. Dime, amigo,
¿es cerca de aquí tu aldea?
SANCHO. No la conozco; una choza
tengo al trasponer la cuesta,
pobre, pero sin vecinos,
que no es pequeña riqueza.
D.ª BLAN. Lleva en tu yegua este herido,
y lo mejor que tú puedas,
que la falta de la sangre
fuera de acuerdo le lleva.
SANCHO. Para restañarla, yo
conozco piadosas yerbas,
y sé curar por ensalmo.
D.ª BLAN. Toma, amigo, esta cadena:
pues tan cerca está la villa,
trae médicos, que la ciencia
es la verdadera cura.
SANCHO. Eso es querer que se muera.
D.ª BLAN. ¿Cómo te llamas?
SANCHO. ¿Yo? Sancho.
D.ª BLAN. ¿Conóceme?
SANCHO. En la presencia
un príncipe me parece,
y no le conozco.

D.ª BLAN. Abrevia,
que temo en la dilación
su muerte.
SANCHO. Yo voy.
D.ª BLAN. Espera;
¿Sabes leer?
SANCHO. Y escribir,
y aun letras de otras escuelas.
D.ª BLAN. Sancho, guarda esa sortija
presto, que mi gente llega.
SANCHO. Las letras quiero leer,
aunque los labios me sellan:
«quien habló, pagó»; eso no,
yo soy mudo.
D.ª BLAN. Tu cabeza
guardará tu lengua.
SANCHO. Vamos,
que yo guardaré mi lengua.
(Vase la Infanta por un lado, y por el
otro Sancho con el Conde.)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA

DOÑA BLANCA, ya con verdugado, y ESTELA, su dama.

(Doña Blanca sentada en una silla.)

D.ª BLAN. Ciega piedad, ¿á quien soy
se ha de atrever mi deseo?
ESTELA. Triste, señora, te veo.
D.ª BLAN. Triste, Estela amiga, estoy.
En nada alcanzo sosiego,
todo me aflige y congója,
lo que me alivia, me enoja,
ya soy de hielo, y ya fuego.
ESTELA. ¡Extraña melancolía!
Pues procure vuestra alteza
divertir esa tristeza.
D.ª BLAN. Adoro su compañía;
vivo con mi pensamiento,
y muero sin él, Estela:
lo que me mata y desvela
es el consuelo que siento.
Déjame sola; mas, no,
no te vayas.
ESTELA. ¡Fuerte extremol
Tu vida, señora, temo.
D.ª BLAN. Quien más la acaba soy yo.
Entra por un libro, á ver
si me puedo divertir,
Estela
ESTELA. Voite á servir. (Vase.)
D.ª BLAN. Alma ¿que habemos de hacer
con tan extraña pasión,
con tan ciego desvarío?
¿Quien amó un cadáver frío?
¿si fué amor ó compasión?
Déjame ya, pensamiento,
que mi voz eternecida
pudo detener su vida,
que ví en el postrer aliento.
(Saque Estela un libro.)
ESTELA. Busqué, señora, un poeta
para entretenerte más.
D.ª BLAN. No sé, Estela, si podrás,
aunque fué elección discreta.

¿Cuál es?
ESTELA. Pienso que el mejor
de Italia.
D.ª BLAN. ¿Ariosto?
ESTELA. Si.
D.ª BLAN. Vuélvele, Estela, ¡ay, de mil
que aumentarán mi dolor
las heridas de Medoro
y la piedad de la bella:
tal es mi pena.
ESTELA. Si en ella
no te sirvo, es que la ignoro.
D.ª BLAN. Lleva ese libro, y di á Fabio
que cante un rato. Allá fuera
en la antecámara espera...
no... vaya, todo es agravio,
todo me cansa ¡ay, de mil!
ESTELA. A Fabio voy á avisar. (Vase Estela.)
D.ª BLAN. Di que cante sin templar,
ó que me saldré de aquí.
Cesad, cuidado, que os veo
sin esperanzas; cesad,
acábase la piedad
donde se acaba el deseo.
(Sale Estela y tocan dentro una guitarra.)
ESTELA. Las voces del instrumento
y las de su dueño escucha,
que ya te sirven.
D.ª BLAN. Es mucha
mi pena; morir me siento.
(Cantan dentro.)
«En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robles
le dejó por escondido
ó le perdonó por pobre,
mal herido y bien curado
se alberga un dichoso joven
que sin tirarle amor flechas
le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
le halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.
Amor le ofrece sus vendas,
mas ella sus velos rompe
para atarle las heridas:
los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba,
cuando el cielo le socorre
de un villano de una yegua
que iba penetrando el monte.»
(Ha estado llorando la Infanta y escuchando á peces.)
D.ª BLAN. (A Estela.) No canten más.
ESTELA. Ya en tu llanto
cuan poco te alegras veo.
D.ª BLAN. Suspiros doy al deseo,
lágrimas ofusco al canto.

ESCENA II

DICHOS y TEBALDO, rey de Navarra, muy galán,
y haya estado escuchando. Luego un CRIADO.

ESTELA. El Rey te ha escuchado.
REY. Hermana,
¿quién causa vuestra tristeza?
D.ª BLAN. Tenerla con vuestra alteza

fuera pasión necia y vana.
A vuestro servicio estoy
alegre de que tengáis
salud buena ¿cómo estáis?
REY. Con mil disgustos. Yo voy
al campo, á ver si divierto
este pesar: ¿gustaréis
de acompañarme?
D.ª BLAN. ¿No veis
mi pecho, señor, abierto
siempre á vuestra voluntad?
REY. Ya tomé resolución
en lo que pide Aragón.
Venció mi noble verdad,
el poco advertido engaño
con que Violante quería
ser Reina, en ofensa mía,
de Navarra, ¡caso extraño!
No permitió el justo cielo
tan grande ofensa en mi honor,
pues su mismo embajador
me avisó de su mal celo.
Amaba al conde de Urgel
de suerte, que se alababa
que sus favores gozaba
poco amante y poco fiel.
Mandó matar, y luego
con indigno atrevimiento
intentó mi casamiento.
Vano error, intento ciego:
corrido estoy ¡vive Dios!
en el grado que ofendido.
D.ª BLAN. Con justa ocasión ha sido.
REY. Quiero suspender con vos,
Infanta, tanto pesar.
D.ª BLAN. (Ap.) Si no le excediera el mío,
que aunque olvidarle porfio
nunca le acierto á olvidar.
CRIADO. Ya está todo prevenido.
REY. Vamos, hermana.
D.ª BLAN. ¡Ay, de mil
¿Si hallaré donde perdí
la libertad y el sentido...?
(Vanse todos.)

ESCENA III

EL CONDE DE URGEL, con gabán de labrador y
apoyándose en la espada.

¡Oh, bienaventurado
silencio santo, de sayal vestido!
¡Oh, venturoso estado,
de pocos en la vida conocido,
donde el menos dichoso
no tiene que temer ni estar quejoso!
De la verdad sagrada
luce el cristal por varios horizontes,
y sobre una cayada
está la vida, por incultos montes,
más segura entre fieras
que entre esperanzas siempre lisonjeras.
La envidia, ni por señas
llegó á la choza, al monte, al valle, al risco,
ni estas soberbias peñas
que tantas veces coronó el lentisco,
pretendieron alguna

más bellas flores, ni mejor fortuna.
Miserio cortesano,
contento nunca, eterna tiranía
de quien te busca en vano,
donde el padre del hijo no se fía,
que al mandar solamente,
ni leyes cuadra, ni igualar consiente:
Para mi injusta muerte
no sé la causa en que ofendió mi vida;
mas ¿qué ocasión más fuerte
que en un deudo la envidia mal nacida?
¿Qué rigor más villano
que un falso amigo y un aleve hermano?

ESCENA IV

El CONDE, TIRRENA y SANCHO, *oculto al principio.*

TIRRENA. Después, gallardo Ramiro,
¿qué debéis? ¹

CONDE. *(Aparte.)* (Esta villana
me mira de buena gana.)
De tu condición me admiro.
A la piedad que has mostrado,
y á la que en tu esposo hallé,
eternamente estaré
si agradecido, obligado.
No tienes que ponderar
deuda tan reconocida,
¿qué es la vida?: con la vida
aún no la podré pagar.

TIRRENA. Mayor la causa juzgaba.

CONDE. Ya supe que tu marido,
Sancho, me halló tan herido
que casi sin vida estaba,
y con más piadoso afecto
que el troyano, me llevó
en sus hombros.

TIRRENA. Bien sé yo
que debéis más.

CONDE. En efecto,
al darme vida aquel día
medios puso más que humanos.

TIRRENA. Sancho si ponía las manos,
pero yo el alma ponía.

SANCHO. *(Aceche Sancho, y desde el paño diga.)*
Bueno, bueno, ¿qué, esto pasa?
No recelaba yo en vano.
Vive Dios, señor fulano,
que habéis de volar de casa.

TIRRENA. *(Aparte.)* (De verle cerca de mí
tengo un no cumplido antojo.)
¡Ay, que me cayó en el ojo!
¿Qué es eso?

CONDE. Llégate aquí,
Ramiro, que ya no espera
mi vista la luz del día.

CONDE. Alguna paja sería.

TIRRENA. Sopla y echarás la fuera.

SANCHO. Así, noramala, así,
soplarme la dama luego
al primer descuido: ¡fuego,
en vos, en ella y en mí!
En vos, porque hoy habéis sido
ingrato huésped aquí;

¹ Parece faltar algo en este lugar.

por fácil en ella, en mí
por desdichado marido;
que Ramiro os llamáis vos,
y me queréis enramar
las sienes: ¿ha de quedar
en casa? no, juro á Dios. *(Sale.)*

TIRRENA. ¡Ay, Sancho, ya puedo ver!

SANCHO. Yo tengo en vos buena alhaja.

TIRRENA. Tuve en el ojo una paja.

SANCHO. Una viga había de ser.
Vos, señor Ramiro, ya
estáis valiente mancebo.

CONDE. Sancho, la vida te debo.

SANCHO. Vos, Tirrena, entrad allá,
y esto podéis excusar,
porque al huésped la mujer
nunca le ha de entretener,
aunque le ha de regalar.

TIRRENA. Tras de negarme un ingrato
deudas de un alma quejosa,
es esto bueno. *(Vase.)*

ESCENA V

El CONDE y SANCHO.

SANCHO. *(Aparte.)* No hay cosa
que no facilite el trato.
De cualquier modo, imagino
la seguridad que es necia:
no se matara Lucrecia
si conversara á Tarquino,
ni Troya ardiera en su fuego,
ni resuelta en su humo y brasa
perciera, si en su casa
se recelara el Rey griego.

CONDE. Pues Sancho, ¿qué suspensión
os divierte?

SANCHO. Aquesto es hecho,
Ramiro, en vuestro provecho.

CONDE. Conozco mi obligación;
la vida os debo.

SANCHO. No es á mí,
Ramiro, sino á la infanta
de Navarra. ¿Qué os espanta?

CONDE. ¿A la Infanta, Sancho?

SANCHO. Sí.

CONDE. ¿Qué os encoge?

SANCHO. Hablad con tiento,
por Dios.

SANCHO. El pecho ensanchad,
que en Blanca esta voluntad
tiene mayor fundamento.
Mi vida, ciegos desvelos *(Aparte.)*
aventuráis: no es tan malo
morir colgado de un palo
como arrastrado de celos.
Por fuerza lo ha de saber
la Infanta; yo me aventuro;
si el bien, Ramiro, os procuro,
en esto lo podéis ver.

CONDE. ¿En fin, que el hallarme herido
pudo mover su valor?
¡Gran piedad!

SANCHO. Más grande amor:
no soy yo tan atrevido.

CONDE. En lo que dices repara.

SANCHO. ¡Qué encogidos son los sabios!
Ramiro, yo vi en sus labios
sangre de tu misma cara.
Los pensamientos levanta
á tu fortuna dichosa;
mas mira que es peligrosa,
y quiere á un mudo la Infanta.
Que hoy ha salido presumo
á caza: ya el rumor siento.

CONDE. Voy á verla como el viento.

SANCHO. Y sea la vuelta del humo.

(Vase el Conde.)

ESCENA VI

Doña BLANCA, SANCHO y TIRRENA.

D.^aBLAN. ¿En fin vivió?

TIRRENA. Quiso el cielo
guardarle.

D.^aBLAN. Supe su historia,
que hoy obliga mi memoria
á lástima y desconsuelo,
al paso que mi deseo
por volverle á ver se abraza.
¿Curóse al fin en tu casa?
Por mil caminos rodeo
el llegarle á preguntar
adonde está, y no he sabido
quién es.

TIRRENA. Cuidado he tenido,
mas él ha dado en callar
con tal cordura y tal modo,
que tanto silencio admiro.
Sé que se llama Ramiro,
que esto nos responde á todo,
pero en su talle, á la fe
que parece un gran señor.

D.^aBLAN. *(Ap.)* Détente, atrevido amor,
pues á donde vas no sé.

TIRRENA. *(Ap.)* Como por claro cristal
el corazón manifiesta.

SANCHO. *(Ap.)* ¡El callar qué poco cuesta!
Ya lo dije: yo hice mal;
quiero ver libre mi honor,
suceda lo que suceda.

D.^aBLAN. ¿Y Ramiro, adónde queda?

SANCHO. Él tiene gentil humor.
A pie sin querer la yegua
siguiendo fué los ventores
del Rey, que los cazadores
se sienten á media legua.

ESCENA VII

DICHOS, el REY galán de caza, el CONDE DE URJEL
y CRIADOS; después un CABALLERO.

REY. Infanta.

D.^aBLAN. Rey y señor.

REY. Cuando en el bosque os dejé,
este labrador hallé,
cuyo notable valor
es indigno deste nombre.
Grande inclinación me debe;
notable estrella me mueve
en su favor; no os asombre
que os diga que ha satisfecho

mi pecho de tal manera
en sola la acción primera
que hoy en mi servicio ha hecho,
que ya es dueño de mi amor.

CONDE. Eso deberé á mi estrella,
pues ya llego á vos por ella
con tan indigno valor.

D.^aBLAN. *(Ap.)* Tiene agrado y gentileza:
mal hice en volverle á ver.

CONDE. *(Ap.)* No, humana no puede ser
tan peregrina belleza,
que con secreta deidad
mueve á adorarla. Si gano
lo que me dijo el villano,
dichoso yo, si es verdad.

D.^aBLAN. *(Ap.)* Si cuando sin alma estaba
revuelto en su sangre fría,
divino me parecía,
por inmortal le juzgaba;
viéndole con tal valor
y tan gallardo ¿qué espero?
Desde hoy será mi montero.

D.^aBLAN. Dicen que es gran cazador.
(Un Caballero con un pliego de cartas.)

CABALL. Supe al pasar, cómo estaba
en el bosque vuestra alteza,
y puesto que el premio empieza
adonde el servicio acaba,
no quise pasar de aquí
sin veros.

(Dale el pliego al Rey y apartase á leer á un lado.)

REY. Seáis bien venido.

CABALL. Yo, señor, os he servido
como debo á vos y á mí.

CONDE. Sancho, en la amistad sencillo,
¿hasme engañado?

SANCHO. Eso no,
que os amo.

CONDE. Dichoso yo.

SANCHO. Guardad, Ramiro, este anillo,
que nos importa á los dos.
(El Conde lee la divisa del anillo.)

CONDE. «Quien habló, pagó.»

SANCHO. Hasta aquí
me tocó guardarle á mí,
y desde hoy os toca á vos.
Besad, Ramiro, la mano
á la Infanta, mi señora;
hablad.

CONDE. *(Ap.)* El alma la adora.
Mal sabrá un tocoso villano.
(Llégase á la Infanta.)
No el claro Olimpo, horizonte
del sol, si cielo en belleza,
compite con la grandeza
deste jardín, que fué monte.
Después que entre glorias tantas,
donde otras memorias pierde,
goza de Abril siempre verde,
agradecido á estas plantas.
Aquí de la aurora hermosa
el sol madruga en favores,
y aquí, entre vencidas flores,
colora al nacer la rosa.
Aquí el cristal deste risco
que helaron desdichas mías
y coronó en sierpes frías